

Ordenar la biblioteca

Ornamento

JUAN CÁRDENAS

Periférica, Madrid, 2016, 172 págs.

EN UN poema incluido en *Elogio de la sombra*, Borges escribió: “ordenar una biblioteca es ejercer, de un modo modesto y silencioso, el arte de la crítica”. Estoy tratando de decidir en qué sección de mi biblioteca guardar la tercera y extrañísima novela *Ornamento*, de Juan Cárdenas (Popayán, 1978). Por ahora, solo sé que irá en la sección de narrativa, en la que hay varias subdivisiones. Entre estas, ya hay unas que me compelen más que otras (es como tratar de elegir un lote en el cementerio, el lugar ideal para la tumba, sin mandar a hacer el ataúd o la lápida —y para qué, si los libros siempre se entierran en un estado cataléptico—): literatura colombiana, género y feminismo, del arte y el autómatas. Para tomar una decisión, presentaré el libro a la luz de cada categoría.

Literatura colombiana

El artista Lucas Ospina dijo una vez que hablar de arte latinoamericano es como hablar de matemáticas latinoamericanas. Lo mismo puede decirse de esta categoría. En mi biblioteca, suelo asociar narrativa colombiana con relatos sobre la historia del país, más que con la nacionalidad de los autores y casi nunca, con el estilo o la tradición estética con la que dialogan las obras. Incluye historias cercanas a la nuestra, novelas que hablan de la colonización, como la obra del sudanés Tayeb Salih, o *Los ríos profundos*, de Arguedas. También hay autores que han influido en los nuestros, sin importar su origen. La sección no es dogmática, patriótica o nacionalista.

Si *Ornamento* es una novela colombiana, no lo es por la nacionalidad de Cárdenas. Transcurre en Bogotá, alude a los grafitis de la calle 26 y la iluminación nocturna del edificio Colpatria se usa como punto de referencia, un faro. Es la misma ciudad donde, de noche, los conductores se saltan los semáforos por temor a que los roben. Pero la locación no basta para que una novela sea colombiana. Lo que sí la acerca es el tratamiento

de algunas problemáticas sociales, económicas y políticas que afligen al país. La novela desarrolla esto de una manera original que desnaturaliza y cuestiona a la sociedad colombiana.

El argumento gira alrededor de un científico que está desarrollando una nueva droga recreativa para mujeres de todos los estratos. En el laboratorio, hay cuatro voluntarias y la historia se teje alrededor de la relación entre el científico y número 4, la única que habla bajo los efectos de la droga. Sus discursos lo atraen hasta el punto de que, concluidas las pruebas, la invita a vivir a su casa, donde se vuelve un ornamento sexual para él y su esposa, una artista de moda y cocaínómana. Hay elementos de moda y cocaínómana. Hay elementos en esta historia que justifican considerarla como una obra colombiana relevante.

Por una parte, las relaciones defenciales entre el científico y las voluntarias, todas madres cabeza de familia de clase baja, retratan el clasismo que caracteriza a la clase alta colombiana. “Número 4 no es una mujer ignorante, como las demás, parece haber recibido algún tipo de educación”, dice el narrador después de transcribir uno de los discursos en que número 4 menciona, entre otras cosas, a Voltaire. Él parte del principio de que las mujeres pobres no están educadas y relaciona el conocimiento y la educación con la alta cultura. Por otra parte, el que la historia gire alrededor del negocio de las drogas ilícitas, vincula esta historia con el narcotráfico, una de los motivos más persistentes de la guerra en Colombia.

Hay un punto de la novela en el que los dueños del laboratorio celebran que no haya sido aprobada una ley para legalizar las drogas recreativas, porque su negocio habría sufrido. Más adelante, el narrador se compara con un narcotraficante, aunque le cuesta aceptarlo, pues su laboratorio está en el centro de la ciudad y tanto él como su mujer son “de muy buen gusto”. De hecho, cuando no se observa como narcotraficante, coteja su oficio con el de su esposa, el arte, ya que ambos alteran la consciencia de sus receptores y miden su éxito en el consumo (pero esta relación nos acerca más a otra categoría que abordaré después).

Por estas razones, la obra de Cárdenas podría clasificarse como literatura colombiana. Aborda la violencia y

la política del país mediante la economía: “Y si es cierto que mi nueva droga no conoce distingos de clase, nivel adquisitivo o educativo entre las consumidoras, eso quiere decir que es posible una cierta idea de democracia basada en el consumo” [pág. 85]. Es sorprendente la profundidad con la que el autor reflexiona sobre estos problemas, aunque me acerca de nuevo a las palabras de Ospina, pues, ¿no es la relación entre la democracia y el mercado, entre la violencia y la economía, un problema del neoliberalismo a nivel global? Tal vez se haga necesario guardar el libro en otra sección.

Género y feminismo

Estos son dos ejes fundamentales de *Ornamento* y el título mismo apunta en esta dirección. Se manifiestan sobre todo en los monólogos de número 4 y en algunas conversaciones entre las cuatro voluntarias. Cárdenas, un hombre, se arriesga a mostrar cómo las mujeres se representan a sí mismas y cómo conciben su propio género, que en el libro, queda reducido a lo femenino y lo femenino queda reducido a lo artificial —el ornamento, la cirugía plástica, el maquillaje—. Pero no se trata aquí de misoginia o ingenuidad por parte del autor: lo que hay es una crítica a una cultura machista de la que las mujeres tampoco escapamos.

Un poema de Carilda Oliver Labra, que guardo en mi estante de poesía latinoamericana, representa a la mujer en una forma muy parecida a como lo hace Cárdenas. “Llegué muy tarde. / La luz era difícil; el cuarto, pobre. / Desnuda / yo parecía un juguete de oro. / Volví a vestirme, / para ser como sus cosas”. El sujeto femenino se representa a sí mismo como un objeto. Lo original y sugestivo del poema y de la novela es que no parten de una dicotomía entre lo natural y lo artificial. En el poema, la mujer desnuda —en su estado “natural”— es un juguete de oro, cuando está vestida, es una cosa; no son estados opuestos. El problema de lo femenino se convierte así en una pregunta y un trastorno metafísicos.

Hay un punto que tal vez facilita la confusión de los límites entre el modo de ser de la cosa y el del ser humano: ambos se gastan, se mueren. La cosa “es lo que se erosiona, de ahí su inútil sensación de belleza” [pág. 136].

En uno de sus monólogos, número 4 dice: “Mi mamá se volvió a operar el tabique nasal hace poco y ahora parece que tiene miedo porque por las noches sueña que se la cae la nariz y se le ve la calavera” [pág. 13]. Así, el ornamento y la mujer se representan bajo una economía común, la del deshecho. Se trata de una realidad que la historia personal de número 4 representa, dramatiza y lleva al extremo.

El tratamiento de lo femenino que hace el autor es arriesgado y filosófico. Por esto, me inclino más a guardar el libro en esta sección que en la de literatura colombiana. La economía es un factor común a ambas temáticas, pues, ¿qué otra lógica sigue la reificación de la mujer que la del capitalismo? Sin embargo, no tengo ninguna sección en narrativa dedicado a ello.

Revisemos, entonces, la última categoría.

Del arte y el autómeta

Aquí suelo guardar historias de terror, ciencia ficción, distopías, relatos sobre autómetas, como *Woyzeck*, de Büchner; el *Golem*, de Scholem, y la obra de Felisberto Hernández, entre otros. Reúno textos que experimentan con el artificio, nombran lo extraño y desnaturalizan el *statu quo* de su tiempo. Es también un estante dedicado a la confusión entre el arte y la realidad.

Es una buena opción para *Ornamento*, pues las conversaciones sobre arte entre el científico y su esposa convierten el libro en un objeto autorreflexivo. Desde esta perspectiva, el título alude al libro mismo, un objeto inútil, cuyo éxito o fracaso también se mide por medio del consumo —como las drogas, es un producto más en el mercado—. Pero este ornamento literario tiene la capacidad de desnaturalizar el lenguaje que solemos usar de una manera lógica y transparente.

Anamorfosis, oigo que mi mujer dice a lo lejos. Podría ser que las palabras de número 4 durante las pruebas funcionaran como una variante de la anamorfosis; el arte de hacer aparecer una imagen bajo un aspecto casi irreconocible recurriendo a una calculada distorsión de la perspectiva. O mejor, ¿y si todo lo que aparece fantásticamente deformado en sus discursos se pudiera leer en sus justas proporciones mediante un dispositivo,

a la manera de aquellos cilindros reflectantes que se ponían en el centro de las mesas de modo que los dibujos elongados y chatos pintados en la superficie circular se apreciaran con “normalidad” en el reflejo? También es muy posible que, como ocurre con la anamorfosis, una vez traducidas a su aspecto normal, las palabras dijeran mucho menos de lo que sugieren en su estado deforme [pág. 41].

El científico se refiere al hilo de las narraciones de número 4, que constantemente se pierde. A veces, su discurso parece regirse por una asociación libre en la que lo privado y lo público se confunden entre sí y la distancia entre lo personal y lo impersonal se rompe; allí se van amalgamando las palabras de Hernán Cortés y el nombre de Gaitán con sus relatos íntimos, como el del desarrollo de su sexualidad.

Pero estos discursos no son lo único que la novela distorsiona. La atmósfera que se genera a lo largo del libro es muy extraña. En el laboratorio se instalan incluso dos monos ninjas como vigilantes y al científico lo que más le genera angustia es que estos asesinen a los perros guardianes. Bogotá es la misma de siempre, las referencias pueden señalarse en un mapa, pero hay algo que no encaja: es como si se dramatizaran y exageraran todos sus elementos, hay búhos, hay frutos más feos que los que se pudren y una pandilla de mujeres drogadictas ataca la ciudad en busca de otra dosis. De hecho, considero que esta es la mayor fortaleza del libro: es raro, crea una atmósfera de dimensión paralela en un escenario absolutamente reconocible y familiar.

Quizá por esto sea mejor colocar el libro en esta sección. La atmósfera es la que permite desnaturalizar la ciudad, la forma en que la mujer se representa a sí misma, la manera en que pensamos la democracia, los vínculos de estos factores con la economía. El extrañamiento nos invita a pensar y se resiste a ser nombrado, es difícil de describir; es lo que hace de *Ornamento* un relato estimulante y absolutamente singular.

Tania Ganitsky